

# INTRODUCCIÓN

Es un hecho que la especie humana altera significativamente, y en buena medida por necesidad, cualquier espacio, hábitat o ecosistema del que forma parte, hasta tal punto que apenas se puede entender ya la naturaleza si no es como “naturaleza humanizada”. En la relación práctica que establece el ser humano con el entorno se encuentra asimismo la clave de sus avances culturales. La humanidad ha ido desarrollado a lo largo de la historia un amplio abanico de conocimientos, experiencias y creencias, que no sólo ha contribuido a que el ser humano sobreviviera en su hábitat local sino también a que fuera refinando con el paso del tiempo esa adaptación particular. Cultura y naturaleza, variedad social y biológica, se han desenvuelto milenariamente de manera conjunta hasta conformar una amplia diversidad biocultural.

Con el advenimiento de la sociedad industrial las visiones y relaciones con la naturaleza se vieron trastocadas profundamente. Su implantación dio lugar a un tipo de mentalidad, de comportamiento y de motivaciones que, con correspondencia en una forma específica de organizar la producción, terminó por cristalizar en una actitud de dominio y explotación. Este acontecimiento podría haber resultado globalmente intrascendente desde un punto de vista ecológico si el peso de la humanidad se hubiera mantenido irrelevante en relación con la biosfera, pero en la actualidad –en un mundo lleno- los humanos somos la mayor fuerza evolutiva que condiciona los cambios en la naturaleza: los flujos de recursos y residuos que mueve y genera la especie humana han dejado pequeñas a las grandes fuerzas geológicas que habían configurado la orografía terrestre a lo largo de la historia evolutiva natural. Esta circunstancia marca la actual crisis ecológica global, cuyas claves se han de buscar en la conjunción de dos fenómenos relacionados: el rápido crecimiento de la población humana y el fuerte incre-

mento del consumo de recursos *per cápita* asociado a la fuerte expansión de la civilización industrial capitalista.

Crisis que hunde sus raíces también en el plano cultural al convertir el proceso de apropiación de los bienes y servicios que nos proporciona la naturaleza en un asunto conflictivo e incompatible con la preservación de los ecosistemas. Hasta el asentamiento de la modernidad, ese proceso de apropiación estuvo mediado por la actividad creativa de las distintas comunidades humanas en una dinámica de reconocimiento, aprovechamiento y recreación permanente de la diversidad. Sin embargo, con la mentalidad moderna se impone en ese mismo proceso una actitud meramente extractiva que se refleja en la mirada instrumental y cosificadora con la que la modernidad capitalista terminó por entender todas las relaciones humanas y con la naturaleza. En este sentido, si el problema ecológico se puede interpretar, en buena medida, en clave cultural –reforzada por mitos como el del crecimiento económico ilimitado o el del desarrollo como mero bienestar material-, ninguna recomposición del marco de componentes y relaciones resultará sostenible hasta que no opere un cambio fundamental en las variables socio-culturales con las que se contemplan esas relaciones.

Es en este contexto en el que se empieza a prestar atención a ciertas tradiciones culturales que han logrado armonizar sus relaciones con la naturaleza. Se las puede entender como un conjunto articulado de creencias, conocimientos y prácticas que algunos pueblos y comunidades han desarrollado en su particular proceso de apropiación del mundo natural. Estas sabidurías tradicionales no sólo aportan otra visión en la representación del entorno, sino que también desvelan una capacidad de adaptación para mantenerse por largo tiempo en el marco de un determinado territorio sin atentar contra los medios de vida, convirtiéndose así en una fuente inestimable de conocimiento ecológico y del tipo de relaciones eco-sociales que mantiene una determinada población.

Los saberes ecológicos tradicionales se construyen localmente a partir de las relaciones directas, prácticas y emotivas que establecen las comunidades con su entorno; constituyen un cuerpo de conocimiento situado, esto es, arraigado en un contexto social, simbólico y natural que en ocasiones resulta difícil de discernir del ámbito de las creencias; forman parte de un legado cultural que se transmite entre las distintas generaciones a través de los mitos, las metáforas, las plegarias y las ceremonias y, debido a ello, representan una suerte de memoria cognitiva de la especie humana. Si nos preguntamos dónde se encuentran presentes estas sabidurías, la respuesta señala que, sobre todo, en las culturas indígenas y campesinas de la periferia capitalista.

El Especial de este número de *Papeles* aborda las tradiciones culturales milenarias analizando su esencia, las dinámicas que dan lugar a su creación y transmisión, su potencial en el mantenimiento de la diversidad biológica y el manejo sostenible de los recursos

naturales, identificando igualmente las principales amenazas que se ciernen sobre ellas. No se olvidan las relaciones –no siempre fáciles- que se establecen entre la ciencia moderna y la sabiduría tradicional, y señala la importancia del surgimiento de nuevas disciplinas, como la “etnoecología” y la “agroecología”, que ofrecen espacios para la convergencia de los conocimientos (antropológicos, agronómicos, económicos, y ecológicos) y el diálogo entre saberes.

La contribución de Víctor M. Toledo explica por qué las sabidurías tradicionales de los pueblos y culturas indígenas se pueden considerar hoy la memoria de nuestra especie y por qué han pasado desapercibidas para una ciencia moderna que, convencida de la universalidad de sus postulados, se ha mostrado con frecuencia insensible a la diversidad social y biocultural presente en la amplia heterogeneidad humana. Se alude así a los encuentros y desencuentros entre el conocimiento ecológico local y el conocimiento científico, señalando además aquellos procesos que amenazan con erosionar la diversidad cultural y natural. Asuntos, estos últimos, que también son abordados con detenimiento en las respectivas colaboraciones de Victoria Reyes-García y Erik Gómez-Baggethun. Este último autor, aborda de manera específica las dificultades con las que se encuentran estas formas de conocimiento local en el marco del proceso de globalización, mientras que Victoria Reyes-García pone su acento en los conflictos que surgen del interés comercial que estos conocimientos despiertan, y que provoca que aparezca en el debate el problema de la biopiratería, asunto que es tratado de manera específica en el artículo de Elizabeth Bravo. El Especial se completa con dos contribuciones colectivas –encabezadas respectivamente por Narciso Barrera-Bassols y Monica Di Donato- referidos a dos ejemplos de conservación de la memoria ecológica tradicional en el medio rural, y se cierra con un artículo de María Novo en el que se ahonda en los espacios de encuentro entre la ciencia y el arte en la búsqueda de fuentes de conocimiento en favor de la sostenibilidad.

Al margen ya del Especial, Iñigo Errejón ofrece desde Panorama una aproximación de lo que ha significado el proceso y el nuevo texto constitucional boliviano. Antón Novas, por su parte, analiza el papel que desempeñan las políticas agrarias europeas en el asentamiento de un modelo agroindustrial tan insostenible como injusto socialmente y, finalizando la sección, Nicolás Angulo introduce la discusión acerca del alcance y el significado de una expresión tan problemática como “desarrollo sostenible”. Debate que enlaza con las críticas antidesarrollistas desde las que se plantean las controversias en torno al decrecimiento, y que quedan reflejadas en la entrevista que Monica Di Donato realiza al pensador francés Serge Latouche.

Finalmente, Alejandro Mora -desde el apartado de Ensayo- plantea cómo la lógica de la economía capitalista resulta incompatible con una racionalidad que persiga la vida digna para todas las personas. Esta conclusión cuestiona la idea de que las inseguridades, des-

pilfarros, ineficiencias, deterioro ecológico e injusticias sociales que provoca el capitalismo sean meros efectos indeseados que nada tienen que ver con la coherencia y bondad de un sistema que habitualmente se presenta como el mejor de los mundos posibles.

*Santiago Álvarez Cantalapedra*  
Director